

te amplio a la libertad crítica de cada espectador. A todo contemplador de un espectáculo teatral le acompaña la conciencia de que «es» espectador, en otras palabras, no pierde el sentido de la doble realidad de lo que ve, y él como veedor.

En el «cine» uno de los términos de la relación, el espectador, queda virtualmente anulado. Desaparece, en principio, porque no se le exige una colaboración que cosuponga—de un modo u otro—conciencia de la libre actividad del espíritu y, además, por la inexorable absorción que impone al alma la presencia desvelada de un modo inédito y más profundo de existir. No es, pues, sólo que el espectador como tal se reduzca al acto puro de contemplar, más acá de toda actividad enjuiciadora, sino que lo contemplado es de tal índole que la totalidad de lo que queda en juego del contemplador—su actividad emocional sobre todo—queda subyugada inequívoca y absolutamente a un cierto poder que se da en lo contemplado.

Quizá el lector me acuse de exagerado, quizá piense que estoy llevando a sus posibilidades últimas fenómenos que se dan con más suaves matices en la realidad. Lo cierto es que dentro de la gama de posibles variantes que están en función de la calidad del «film», las cosas tienden a ser, y en una película perfecta son, tal y como las describo.

La conclusión de lo expuesto en las páginas anteriores puede resumirse en la afirmación siguiente: *El cine supone la pérdida de la «facultas imaginandi» por parte del espectador.* Se trata de una entrega total, de una alienación tan profunda que quizás no tenga equiparable. Es un resultado a cuya intensidad no se llega en el teatro ni en la literatura. Además todo parece perfectamente ordenado a la consecución de ese fin. Por lo pronto la obscuridad, que elimina cualquier otro posible estímulo para la atención, concentrándola al máximo sobre el espectáculo, nos ayuda a olvidar nuestra propia personal existencia. En el teatro la percepción de mi contorno dife-

